

DOMINGO V DEL TIEMPO ORDINARIO (C)
Homilía del P. Josep-Enric Parellada, monje de Montserrat
7 de febrero de 2016
Is 6,1-2a.3-8 / 1 Cor 15,1-11 / Lc 5, 1-11

Queridos hermanos y hermanas,

La lectura continuada del Evangelio según San Lucas, que es el evangelista que nos acompaña a lo largo de todo este año litúrgico, nos presenta un cambio radical de escenario respecto al que encontrábamos el domingo pasado. En aquella ocasión los compatriotas de Jesús, es decir, los nazarenos como él, lo querían despeñar montaña abajo después de haberle escuchado afirmar que ningún profeta es bien recibido en su país natal. Hoy, en cambio, en un contexto geográfico diferente, cerca del lago de Genesaret, la gente se aglomeraba sobre él para escucharlo. Cerca de la multitud había unos pescadores que lavaban sus redes después de una noche infructuosa en que no habían pescado nada.

Jesús, viendo la multitud que le rodeaba, subió a una barca y pidió a Simón, que era el propietario, que la apartara de la orilla para enseñar desde la barca.

Una vez hubo terminado de instruir al pueblo, Jesús pidió a Simón ir mar adentro y echar de nuevo las redes. Su experiencia como pescador le lleva a decir que a pesar de haber estado trabajando toda la noche no han pescado nada. Sin ser consciente de ello, Simón responde como lo han hecho todos los profetas: " por tu palabra, echaré las redes". Y ocurre lo que parecía imposible, la pesca es muy abundante. Jesús les había pedido únicamente su confianza. Ante este prodigio, Simón, Santiago y Juan se dan cuenta de su indigencia y limitación. Jesús, de nuevo se les acerca, les habla y les pide que sigan siendo lo que son, pescadores. Pero ahora la llamada es para ser pescadores de hombres. "Ellos sacaron las barcas a tierra y, dejándolo todo, lo siguieron".

Seguramente no fue una decisión fácil ya que suponía un cambio radical en el que quedaron implicadas sus familias y sus propias vidas. Unas vidas que como toda vida, tenían y ahora de manera especial, una historia anterior y un lento camino de búsqueda para conocer quién era realmente aquel en cuyas manos habían puesto todo lo que eran y todo lo que tenían.

El relato de la pesca milagrosa o de la vocación de los primeros discípulos, sabe a parábola, es decir, su estructura y su contenido explican también la historia personal de cada uno de nosotros, seguidores de Jesús.

No es difícil, pues, encontrar un paralelismo entre la historia que vivieron aquellos pescadores galileos y nuestras historias personales. Son muchos los que hoy viven situaciones estériles y abocadas al fracaso, después de haberse esforzado mucho para sacar adelante un proyecto o simplemente para sobrevivir. Son muchos también, quienes habiendo trabajado durante largos años en un compromiso eclesial se dan cuenta de que los frutos no aparecen por ningún lugar, sino más bien las condiciones se vuelven cada vez más adversas.

Es fácilmente comprensible en estas situaciones el ceder a la tentación de dejarlo todo. Sin embargo, hay que ser muy prudentes y misericordiosos ante las desfallecimientos y las deserciones de quienes viven noches en que después de mucho esfuerzo no se ve ninguna salida.

La comprensión, sin embargo, exige por parte de quienes somos y queremos ser seguidores de Jesús una lectura atenta de esta parábola el centro de la cual, como en toda parábola, es Jesús. A pesar de haber bregado toda la noche y no pescar nada, a pesar de no recoger los frutos esperados, no hay otro camino que echar de nuevo las redes, en este caso, sobre la palabra de Jesús. Sólo este confiarse a Dios apoyados en la Palabra de Jesús reabre los corazones para continuar el camino, ya que no nos ha sido pedido hacer ningún gran pesca, sino el continuar toda la vida fiándonos del Evangelio y confiarnos a la libertad de Dios que es el señor del mar y el dueño de los sembrados. Así podemos vivir en la confianza y libres de la obsesión de los resultados.

Si el centro de la parábola es Jesús, necesitamos aún, dar gracias a Dios porque podemos continuar echando las redes y continuar sembrando y continuar dando pequeños pasos por los caminos del Evangelio. Agradecerle que gracias a la fuerza de su amor y la luz de su palabra, algunos corazones se abren al inédito que él les ofrece. Como en la orilla del lago de Genesaret, el Señor nos dice, aquí y ahora: "No temas; yo, tu Dios, no te abandono".